EL CASAMIENTO POR VENGANZA.

NUEVO ROMANCE

EN QUE SE DA CUENTA DE LOS SUCESOS ACAECIDOS A un príncipe de Sicilia, y de sus amores con Doña Blanca hija de su primer ministro; de la violencia que este hizo á su hija entregàndola por esposa al Condestable, y de la muerte desgraciada de estos esposos, con otros sucesos que verá el lector.

Reinaba en la gran Sicilia
el magnánimo Rogerio,
el cual tenia una hermana
y un hermano muy soberbio.
Se llamaba ella Matilde
y era el nombre de èl Manfredo,
quien fiero se reveló
para apropiarse el Reino.
Perdiò un sin fin de batallas
y en una cárcel fué puesto,
en donde al cabo muriò
dejando dos hijos tiernos.
Era el nombre del mayor
Don Enrique, y el pequeño
que era muy amable y dócil
era llamado don Pedro.
Tambien Matilde espirò
al cabo de cierto tiempo,
dejando una tierna niña
al cuidado de Rogerio.
Se llamaba esta Constanza,
el Rey la estrechó en su seno,
la trató cual tierno padre
prodigándola su afecto.
Encargó el Rey á un ministro
cuyo nombre era Sifredo,
que cuide al príncipe Enrique
y le eduque con esmero.
Y en manos del Condestable
puso al infante don Pedro.
donde recibiò enseñanza
con un grandísimo empeño.

Tiene Sifredo una quinta
á dos leguas de Palermo
y allí estaba don Enrique
al lado de su maestro.
Doña Blanca era la hija
del ministro que refiero,
la cual era de hermosura
y de modestia un portento.
El prìncipe se enamora
al mirar su rostro bello;
mas el padre no dejaba
sola á la niña un momento.
Sifredo en cierta ocasion
tuvo que salir del Reino,
para asuntos relativos
á su rango y á su empleo.
Valiòse de esta ocasion
don Enrique muy contento,
y á doña Blanca su amor
la declaró con respeto.
Ella alegre le escuchó
y le correspondiò luego
con el sumiso lenguaje
de el rubor, que es el silencio.
Con entusiasmo y ardor
juràronse amor eterno
y casi todos los dias
se declaraban sus fuegos.
El padre de doña Blanca
volvióse á su quinta luego
que concluyó los negocios
que ausente le mantuvieron.
Trajo la infausta noticia
de que el Rey habìa muerto
y que todos sus vasallos
se hallan sin ningun consuelo.
Y dice al príncipe Enrique
que es fuerza vaya á Palermo
á recibir la corona
y á ocupar el trono excelso.
Pues que lo están esperando
para hacerle mil obsequios
y rendirle sus personas
todos los grandes del Reino.
El prìncipe oyó esta nueva
con el dolor mas acervo,
y al padre, y á doña Blanca
tuvo este razonamiento.
Sifredo, has de saber
que es mucho lo que te quiero
y aunque ocuparé yo el trono
tù regirás el gobierno.
Y á tí hermosìsima Blanca,
mi alma, mi vida y mi dueño,
al instante voy á darte
pruebas de mi amor inmenso.
En esto tomò un papel
en blanco, y allì su sello
y su real firma puso
á doña Blanca diciendo.
Este papel en tus manos
con mucho gusto lo entrego
para que pongas en él
lo que sabes es mi intento.
Así hermosa te aseguro
la fé de amor que te ofrezco
y dividiré contigo
mi mando yo lo prometo.
Ella lo entregò á su padre
el cual conociò el afecto
que el Rey profesa á su hija
y no estuvo muy contento.
Con todo disimuló,
guardó el papel, respondiendo:
lo recibo con placer
y sumo agradecimiento.
Su Magestad estará
creo yo muy satisfecho,
pues jamás abusaré
de vuestro querer supremo.
Don Enrique le mandó
que fuera luego á Palermo,
porque todo lo tuviera
á su llegada dispuesto.
Sifredo al punto partió,
y al cabo de poco tiempo
marchó tambien don Enrique
en un tierno amor ardiendo.
Cuando á Palermo llegó
aclamóle todo el pueblo,
gritando: viva el Monarca
dichoso siglos eternos.
Llegó al palacio y los grandes
mil obsequios le rindieron;
sentóse al sublime trono
y todo estuvo en silencio.
Y la princesa Constanza
sentóse en el trono mesmo
mirando con dulces ojos
á su primo, Rey muy bello.
Luego Sifredo en voz alta
estando todos atentos
á los magnates leyó
de Rogerio el testamento.
Mandaba el difunto en él
que pasara el trono y reino
por carecer él de hijos
al mayor del gran Manfredo.
Pero con la condicion
de entregarse en casamiento
á su sobrina Constanza
que era de un hermoso aspecto.
Que si Enrique no quería
aceptar lo que va expuesto
con la misma condicion
pasara á don Pedro el cetro.
Enrique todo se turba
mas toma la voz Sifredo
y sin dejar que hable el Rey
saca un papel de su seno.
Dirije á todos los grandes
la palabra asì diciendo:
el Monarca soberano
queda á este enlace sujeto.
Así ántes lo juró
en este papel que os muestro
lo podeis examinar
y conocereis su sello.
No sabe el Rey que decir
y acercándose á Sifredo
al oido así le dice:
me has hecho traicion perverso.
Procuró disimular
y hacer como que halla bueno
el enlace con Constanza
por lograr despues su intento.
Pues mientras irán á Roma
por la licencia él en esto
ganará á todos los grandes
á su favor y provecho.
Y volviéndose à Constanza
le dice con falso acento
mi mano y mi corazon
ó prima mia os concedo.
Mientras dice estas palabras
se entra con paso incierto
y anhelosa doña Blanca
en la sala del Congreso.
Del Rey oye las palàbras
y queda como de hielo,
luego Sifredo le manda
que haga al Rey sus cumplimientos.
Llega á los pies del Monarca;
pero Sifredo previendo
algun fatal resultado
de llevársela halla medio.
Marchan juntos padre é hìja
hácia la quinta perplejos,
cuando al fin el padre tuvo
aqueste razonamiento:
Hija, prometì tu mano
al Condestable, yo pienso
que tratarás de cumplir
con un breve casamiento.
Entónces Blanca prorrumpe
en un llanto el mas acervo,
exclamando, ah! cuántas penas
se guardaban á un pecho!
Cae en esto desmayada,
fria, inerte y sin aliento
en los brazos de su padre
estuvo algunos momentos.
Al abrir sus tristes ojos
dijo, padre; me averguenzo
de que mi pasion al Rey
ahora hayais descubierto.
Pero pronto á tantos males
dará la muerte remedio.
Sifredo entónces le dió
mil razones y consejos.
Dijo, el Monarca ha olvidado
sus antiguos juramentos
y á tì prefiere Constanza
para asegurar su imperio.
Despechada doña Blanca,
entònces dijo: consiento
en ser yo del Condestable
aunque en verdad no le quiero.
El padre aprovecha entónces
la ocasion, y desde luego
va á buscar al Condestable
y en breve casados fueron.
Vivian allá en la quinta
perteneciente á Sifredo,
los esposos que infelices
vìctimas entrambos fueron.
Sale el Rey un dia oculto
con un caballo ligero,
y por ver á doña Blanca
fuese á la quinta corriendo.

Col. Compte

Hallóla sentada y triste
en un prado muy ameno,
que cerca su casa estaba
y fué á gastarla requiebros.
Doña Blanca le echa en cara
su perfidia y juramentos,
que acababa de romper
por un ambicioso anhelo.
Enrique entónces responde
que hará cenizas el Reino
para poseer á Blanca
que es su adorado objeto.
Ella exclama pesarosa
don Enrique, ¡ya no es tiempo!
¡soy muger del Condestable
y es vano ya el amor vuestro!
Y luego de allí se aparta
dejando á Enrique suspenso,
el cual quiere por la noche
verla y hablarla en secreto.
Por tener mas ocasion
puso al Condestable preso;
y asi que llegò la noche
fué á ver á su dulce dueño.
Las paredes del jardin
al instante hubo transpuesto,
y al cuarto de doña Blanca
se introduce con empeño.
Tambien allí el Condestable
estaba oculto en secreto,
pues por salir de la cárcel
hallò un oportuno medio.
Como era el tal un ministro,
el salir le permitieron
bajo palabra de honor
de que volveria presto.
El Condestable salió
sospechoso del suceso;
pues los amores del Rey
le contaron por extenso.
Llegó á casa doña Blanca
el Condestable primero,
y despues llegó allá el Rey
el que á Blanca iba diciendo.
Perjura, ingrata, cruel,
con otros mil epitetos:
llorando como un muchacho
y humilde à sus plantas puesto.
¿Este pago merecía
de mi amor el vivo fuego?
discúlpate fementida
si no quieres verme muerto.
Doña Blanca suspirando,
bañada en un mar inmenso
de lágrimas dolorosas
dice á Enrique ah no puedo....
Vos fuistes al que adoraba,
mi único amor y dueño,
creí que me abandonabais
y caseme por despecho.
Entónces el Condestable
sale furioso en extremo,
saca la espada y al Rey
se la dirije hácia el pacho.
Pero este evita el golpe
tambien su acero blandiendo,
y de una fuerte estocada
deja al esposo en el suelo.
Doña Blanca á dar auxilio
á su esposo corre luego,
el cual se saca la espada
que le atravesaba el pecho.
Hiere con ella á su esposa
con gran cólera diciendo,
muere aleve, fementida,
y espiraré yo contento.
Ya fallece el Condestable
y Blanca con triste acento
á Enrique pide perdon
para su padre Sifredo.
Blanca despues espiró
de su esposo sobre el cuerpo,
y á Sifredo dijo el Rey
tú has sido la causa de esto.
Enrique no se casó,
y conservó siempre el Reino
pensando en su infeliz Blanca
y sus contrarios venciendo
A España á vivir marchó
el infelice Sifredo
donde vivió algunos años
en llanto y dolor inmenso.
No forzeis la voluntad,
padres, en los casamientos,
y leed aquesta historia
que es el mas infausto ejemplo.

Barcelona: Imprenta de Ignacio Estivill.